

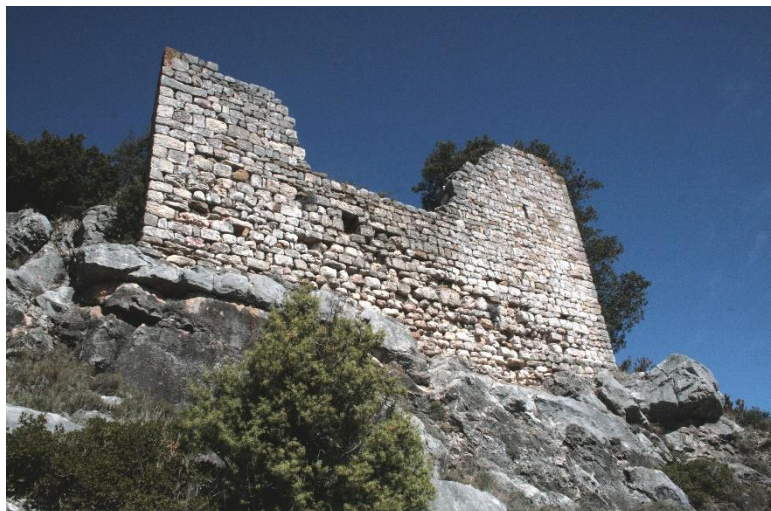
VILANOVA DE MEIÀ

Los orígenes de la población de Santa Maria de Meià, a finales del siglo XIV, están muy ligados al monasterio de Santa Maria de Meià. Tras la destrucción por parte del conde de Foix del poblado de la Coscollera, situado en la montaña, el prior del monasterio, Berenguer de Rajadell, mando levantar un nuevo núcleo urbano en las inmediaciones del cenobio, que en un principio contó con tan sólo doce casas y que fue creciendo al amparo del priorato. El topónimo Meià podría derivar, según algunos especialistas, del nombre latino de persona *Medius*. Los musulmanes lo denominaban *Madanisch* y en la primera documentación cristiana figura como *Midian* o *Medianus*.

Castillo de Meià (o del Puig de Meià)

EN LO ALTO DE UNA GRAN PEÑA de roca caliza que se eleva sobre Vilanova de Meià se asentaba el antiguo poblado medieval de Meià, lugar que se abandonó tras diversos acontecimientos bélicos y como consecuencia de la peste negra. El origen de dicho asentamiento se remonta a la prehistoria. De época medieval tan sólo han pervivido la iglesia de Sant Cristòfol y parte del castillo. Para poder subir al Puig hay que dar un gran rodeo por los cerros colindantes, por una pista de tierra bastante buena y bien señalizada, aunque estrecha y sinuosa, que arranca en la salida de Vilanova de Meià. El castillo está situado en el extremo sureste del altiplano, desde donde se domina perfectamente el valle y sus caminos, lo que se conoce como la Coma de Meià, al borde de un barranco de una altura considerable, lo que facilitaba enormemente su defensa.

Las primeras noticias sobre el castillo están relacionadas con su conquista y destrucción a manos de al-Wadih, liberto de Abd al-Malik en una razzia realizada en 1003. En 1022, en una disputa por la posesión del castillo de la Aguda entre Arnau de Caboet y Borrell de Tarabau, este último aludía a que había permutado el castillo de Meià con su hermano Guillem, quien más tarde tomaría el topónimo de Meià como apellido propio. Desde entonces la fortaleza perteneció a la familia de los Meià y, posteriormente, al marquesado de Camarasa.



Muro norte

De esta pequeña construcción, que estaba conectada visualmente con otras fortalezas cercanas, queda bien poco en pie. En el lado norte se conserva sólo la parte noroeste de una gran torre circular de unos 11 m de diámetro y unos 3 m de alto, construida con sillarejo mediano, bastante erosionado, y que constituye la parte más antigua del castillo, pues al parecer, según algún autor, fue construida por los sarracenos y reutilizada posteriormente por los cristianos. Mientras que en el lado sur, adosada a la torre y al borde del barranco, quedan en pie algunos muros de una construcción rectangular de tamaño medio conocida como el Casal. Se trata de una estancia que conserva en su interior una especie de cisterna y a la que se entraba por el Este a través de una puerta con arco de medio punto, que aún está en pie. Aunque actualmente sus de muros, de casi 1 m de grosor, alcanzan una altura de unos 5 m, debió de ser más alta. En el paramento mejor conservado se abren una pequeña ventana aspillera en un lado y otra cuadrada en el centro, aunque pudo tener más. La fina factura y el pequeño tamaño del aparejo permiten proponer para esta estancia una cronología entre mediados del siglo XI y principios del XII.

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, p. 87, 90 y 95-96; BURON, V., 1989, p. 177; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, VI (1), pp. 476-485; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 454-456.

Iglesia de Sant Cristòfol del Puig de Meià

PARA LLEGAR A LA IGLESIA DE SANT CRISTÒFOL hay que seguir la misma ruta que se ha indicado para subir al castillo de Meià, pues ambas edificaciones se encuentran en lo más alto de la montaña, en el Puig, en una gran explanada que preside la Coma de Meià, el valle en el que se emplaza Vilanova de Meià y el resto de pueblecitos diseminados por toda la planicie que forman parte de su municipio.

Parece ser que Sant Cristòfol se levantó sobre los restos de un templo existente ya desde el siglo IX. De hecho, en el siglo XVIII, Roig i Jalpí mencionaba una inscripción en la que aparecía el año 815. Se piensa que ese templo fue destruido en 1003 en los ataques de Abd al-Malik y que en la posterior reconstrucción posiblemente se reaprovecharon las partes de los muros que quedaron en pie y de la piedra del templo original, lo que desorienta a los especialistas a la hora de datar y analizar el edificio. Lo que se sabe a ciencia cierta es que en 1037 el obispo Eribau de la Seu d'Urgell consagró la nueva iglesia de *sancti Christophori martiris*, pues se ha conservado el acta de la misma. Prácticamente desde su creación fue la iglesia parroquial del antiguo poblado medieval que existía en la cima, hasta que se construyó el nuevo núcleo de Vilanova de Meià, a los pies del Puig, y se levantó la iglesia de Sant Salvador, de la cual pasó a depender como ermita en el siglo XIII. Igualmente, quedó adscrita a la órbita del recién fundado monasterio de Santa Maria de Meià por Guillem de Meià quien la donó en 1040. En 1094 se realizó un juramento en el altar de san Pedro, que estaba bajo la iglesia, lo que podría indicar que en su origen el edificio pudo tener una cripta, aunque hoy en día nada se sabe de ella.

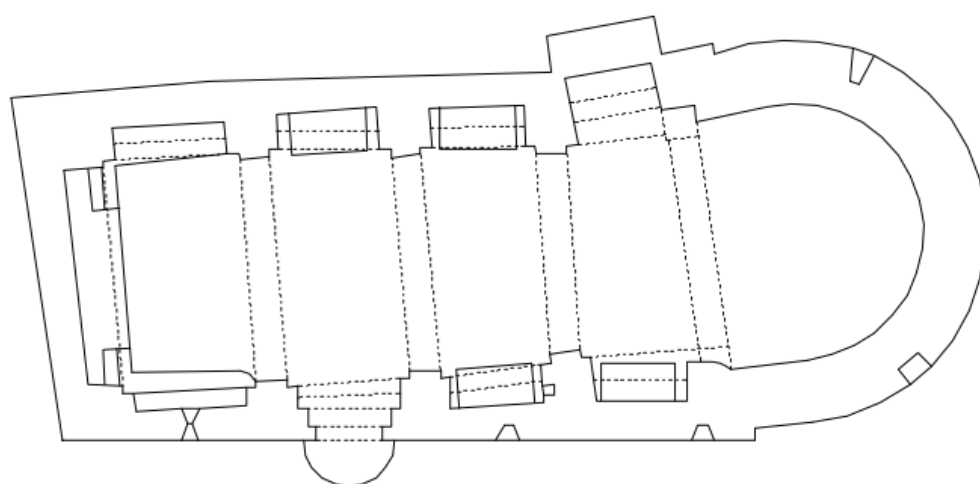


Vista general desde el norte

La iglesia está dedicada a san Cristóbal, un santo legendario de procedencia oriental que tuvo mucha popularidad durante la Edad Media, entre otras cosas por ser protector ante las pestes, casualmente el motivo principal por el cual el poblado que había en el Puig se abandonó definitivamente siglos después. Aún así, en Sant Cristòfol se ha venerado desde siempre, tanto o más, a la Virgen, por lo que el templo también es conocido por los lugareños como la iglesia de la Mare de Déu del Puig de Mejà.

Sant Cristòfol es un edificio sencillo y de tamaño medio, que tiene una sola nave de planta rectangular y un ábside semicircular liso bastante grande en relación a ella. Destaca por su complejidad constructiva, pues un atento análisis de la obra arquitectónica permite descubrir numerosos interrogantes que incluso hoy en día no han sido resueltos. Así pues, se sabe que existieron por lo menos dos fases constructivas diferentes, se tiene constancia de que se aprovecharon estructuras precedentes y se adaptaron dificultosamente unas a otras, e incluso se tiene la certeza de que se reaprovecharon y recolocaron elementos de unas en otras desvirtuando en muchas ocasiones su sentido. La diversidad de la factura de los muros del edificio muestra a la perfección todas esas intervenciones. Así la piedra utilizada en la zona más antigua, la cabecera y algunas partes del primer tramo del muro sur, es por lo general basta e irregular, está sin trabajar, y aparece dispuesta de manera más o menos horizontal. En cambio, el aparejo que se ve en las zonas levantadas posteriormente, la de poniente, gran parte de la nave, sus arcos y la bóveda, está compuesto por un material mucho más regular, mejor trabajado, escuadrado aunque no pulido, y colocado en hiladas perfectamente horizontales.

En el exterior, en donde existen pocos elementos que destaquen, quizás es el ábside una de las partes más interesantes, ya que presenta varias de esas particularidades que en algunos casos dificultan la correcta lectura arquitectónica del templo. Llama la atención por ser un ábside ultrapasado, por ser más ancho que la nave y por estar bastante modificado, ya que durante mucho tiempo permaneció adosada a su muro la casa conocida como del ermitaño, que ocultaba la totalidad de la cabecera y que comunicaba ambas estructuras a través de una puerta, hoy en día casi imperceptible, que se abrió en el muro románico. Tales consideraciones llevan a los especialistas a pensar en el ábside como una estructura que correspondería a un edificio anterior que se conservó cuando se levantó el más moderno.



Planta



Santa María la Real fundación



Alzado sur

Posee tres ventanas de medio punto de las cuales sólo la central permite la entrada de luz. El remate de su cornisa es una cenefa de pequeñas losas que juega con el ritmo de las diagonales opuestas en zigzag y que muy probablemente es un añadido posterior.

En la restauración acometida en 1998, en la que se mantuvo en la medida de lo posible las estructuras y los elementos originales del templo, fueron rehechas casi por completo la techumbre del ábside y de la nave, realizadas ambas con teja árabe, se eliminaron algunos añadidos, como la referida casa del ermitaño, que quedó transformada en un moderno refugio situado a escasos metros del ábside, pero ya separada del templo.

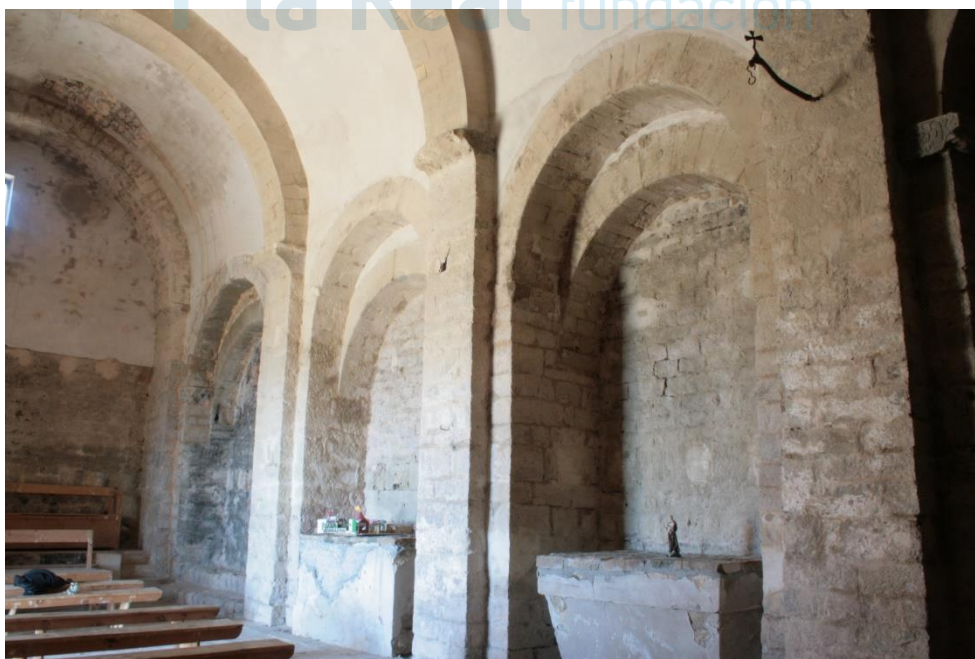


*Vista exterior
desde el suroeste*

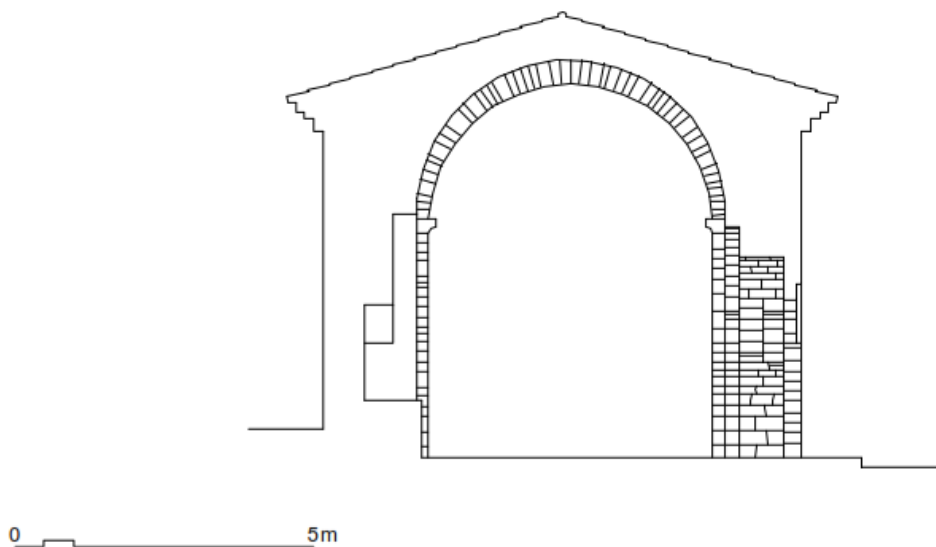
La lisa monotonía del muro norte es tan sólo interrumpida en la parte oriental por un elemento saliente de planta rectangular, que se corresponde con una pequeña capilla lateral del interior. La fachada oeste cierra la iglesia por sus pies con un gran hastial liso sobre el que se eleva una espadaña. En lo alto del frontis se abre una pequeña ventana cruciforme que deja entrar la luz al atardecer. Es quizás el paramento sur el más interesante, porque, además de aglutinar gran parte de los elementos del templo, refleja a la perfección las diversas fases constructivas. En él se aprecia un primer tramo de pared más antiguo construido con un material poco trabajado. En este tramo, que va desde la cabecera hasta la puerta, se encuentran dos de las tres ventanas del lienzo. Éstas son de medio punto y doble derrame, estrechas y alargadas, están cegadas y muestran una factura tosca y rudimentaria. Entre ellas se intuye una estrecha puerta de medio punto, igualmente de ruda factura, que está tapiada y que fue el acceso original al templo hasta que, cuando se amplió el edificio hacia poniente, se abrió una nueva puerta en la zona más moderna del muro. Este nuevo acceso, hoy en día más o menos centrado en el muro sur, es una puerta más ancha, con arco de medio punto formado por dovelas bien labradas, contundentes y extradosadas, lo que hace que el muro sobresalga por encima del arco en forma de chambrana, creando una doble arcada.

La tercera ventana se sitúa en el extremo oeste del lienzo y, aunque posee las mismas características que las otras, es de muy distinta factura, ya que se sitúa en la zona moderna. Tiene un arco monolítico fracturado por el medio y es la única que da luz a la nave.

El espacio interior es sencillo, unitario y bastante oscuro. Aparece totalmente desnudo, ya que, en 1928, un incendio quemó la iglesia y se perdió gran parte de su mobiliario, de sus retablos e imágenes, y de las pinturas románicas que cubrían el ábside, de las cuales no se conservan fotografías. Hoy en día algunos muros siguen estando ennegrecidos como consecuencia, muy posiblemente, de aquel fuego. La bóveda de cañón que cubre la nave está compartimentada en cuatro tramos de planta rectangular, tres de los cuales son irregulares, por cinco arcos fajones de medio punto que arrancan, casi todos, de sencillas pilastras adosadas a unos grandes pilares. El peso de la bóveda es distribuido a los pilares por medio de una estructura de sendos grupos de cuatro arcos formeros de medio punto que se desarrolla adosada a los muros laterales. Estos arcos, excéntricos y doblados, estructuran el espacio y permiten la ubicación de altares auxiliares en sus vanos a modo de pequeñas capillas laterales que quedan perfectamente enmarcadas. Esta original solución, además de otorgar cierto ritmo interno al espacio, demuestra la complejidad de su edificación, plantea nuevamente los interrogantes cronológicos intuidos en el exterior y delata las diferentes fases constructivas ya comentadas. Así, el primer arco fajón del lado de levante, el que funciona como arco triunfal del ábside y lo conecta con la nave, no se apoya sobre pilastras como los otros, sino que arranca directamente desde una ménsula de gruesos rollos escalonados que se sitúa justo en el arranque de la bóveda y que indica, como se ha dejado ver anteriormente, que posiblemente la estructura del ábside es más antigua y fue conservada y readaptada cuando se construyó el nuevo templo. De la misma manera, otro elemento que no encaja con el resto del edificio es el arco fajón de poniente, que descansa directamente sobre el muro y no sobre un pilar como los otros, lo que hace pensar que posiblemente existía la idea de alargar el templo hacia ese lado, aunque ello nunca se materializó. El perfil de los muros laterales no es del todo rectilíneo ya que presentan un perímetro algo irregular al adaptarse, entre otras cosas, a la disposición ligeramente asimétrica de los grandes pilares que sustentan la estructura respecto al eje longitudinal de la nave. Los muros laterales, tal y como sucede en el exterior, dejan patente las distintas fases constructivas y las constantes alteraciones sufridas por el templo, cosa que no se puede apreciar en el muro del ábside, al igual que el de la bóveda, al estar ambos recubiertos por revoque y pinturas.



*Vista interior
del muro norte*



Sección transversal

Pero si por algo destaca la iglesia de Sant Cristòfol, además de por la originalidad de su interior y su complejidad constructiva, es por la singularidad de la decoración escultórica de sus impostas, que constituye un notable ejemplo de ornamentación en bajorrelieve e inciso poco común en las iglesias románicas rurales. Aunque la factura no es de gran calidad, la cantidad y la variedad de relieves y grabados conservados hacen de esta iglesia un ejemplo único y extraño, que merece un estudio pormenorizado. Aún así, y aunque el conjunto es muy heterogéneo en cuanto a la cronología, la tipología y a la calidad de la solución, se pueden extraer unas características generales que contribuyen a configurar una visión aproximada.

La decoración escultórica se concentra en las impostas presentes en algunos de los arcos. Aunque casi todas tienen forma trapezoidal, no todas estas impostas son iguales. Algunas son biseladas y otras no. Del mismo modo, no todas están decoradas, aunque la mayoría posee algún tipo de relieve o incisión en alguna de sus caras en forma de motivo geométrico –trenzados, cenefas, cintas onduladas, ajedrezados, estrellas o grecas–, algún motivo muy esquemático y abstracto –de tipo floral, zoológico o antropomorfo– e incluso algunas muestran incisiones epigráficas que se han intentado descifrar sin mucho éxito. Algunos autores ven una clara asincronía entre las impostas y su decoración, ya que las parejas de impostas de un mismo arco no siempre coinciden ni en forma, ni en tipo de decoración y calidad, por lo que se ha planteado la hipótesis de que estas piezas podrían haber sido reutilizadas sin tener en cuenta su disposición original. El estado de conservación de la mayoría de las impostas es bastante bueno aunque algunas todavía aparecen ennegrecidas por el incendio y otras han estado repasadas con mayor o menor fortuna.

Sea como fuere, y a pesar de las dificultades existentes para situar cronológicamente la construcción del templo, los especialistas ofrecen dataciones que van desde el siglo XI, correspondiente a la primera fase, al siglo XIII, en el que se ejecutarían aquellas zonas levantadas en un segundo momento.



Imposta con decoración incisa



Imposta con decoración incisa

VIRGEN DEL PUIG DE MEIÀ

La Virgen del Puig de Meià es una talla que representa a la Virgen con el Niño originaria de la iglesia de Sant Cristòfol, aunque fue trasladada hace unos años a la iglesia de Sant Salvador de Vilanova de Meià por temor a que pudiera ser robada. Actualmente no se encuentra expuesta al público y está guardada en una caja metálica de dudoso gusto situada en el altar del Santo Cristo, en el ala norte de la parroquia. Un acta redactada por el rector de Vilanova, Carles Bosch, tras el incendio de Sant Cristòfol, cuenta que permaneció escondida en el camarín de la iglesia hasta 1929, cuando se redescubrió, se restauró y se volvió a colocar en su sitio.

La talla es de madera policromada de unos 72 cm y presenta, en general, un buen estado de conservación, aunque las restauraciones del siglo XX modificaron ostensiblemente la pintura que la cubre. La Virgen aparece sentada con el Niño en su rodilla izquierda en un trono extraño, dorado y decorado con tres

cavidades semiesféricas en los reposabrazos, rematado con otra en cada uno de sus lados y con dos escalones que lo elevan. La representación, siguiendo los cánones románicos, es frontal, hierática y no demasiado naturalista. Ambos van vestidos con sendas largas túnicas de color rojizo que les cubren por completo y sólo dejan ver los pies y las manos, mientras que unos toscos pliegues marcan sus piernas. Además, la Virgen lleva sobre la túnica otra prenda verdosa que le llega hasta las rodillas y sobre ella una casulla de tonalidad azulada. Posee una gran corona dorada rematada con una serie de pequeñas almenas, bajo la cual se intuye el largo cabello peinado con una raya en medio que cae en rizos y enmarca la cara. Su rostro es ovalado y las mejillas son rollizas y redondeadas, mientras que el mentón es ancho y prominente. La nariz está bien marcada, los labios muestran una incipiente sonrisa y sus finas cejas enmarcan perfectamente unos ojos proporcionados, rasgos que la alejan de la manera de hacer estrictamente románica y contrastan al mismo tiempo con la desproporción existente entre la cara y el cuello. El rostro mira ligeramente hacia su derecha y al igual que la posición del niño, sentado a un lado y no en el centro, rompe con la habitual frontalidad y rigidez. Éste lleva, igual que la Madre, una túnica larga de color rojizo y encima una casulla más clara, los pliegues de la cual caen verticalmente en forma de V. Posee un libro cerrado en la mano izquierda mientras que la derecha, perdida al igual que el pie izquierdo, debía de estar en actitud de bendición de la misma manera que la Madre. El único pie conservado está descalzo. El Niño está igualmente coronado, aunque su corona no es tan exuberante como la de la Virgen, y el pelo le cae en rizos por detrás de ella, de manera similar a tallas como la Virgen de Covet. Sus rasgos son similares a los de María y su sonrisa algo más acusada.

No se sabe a ciencia cierta la datación de este grupo escultórico, aunque estilísticamente se considera que es un ejemplo románico de transición porque, aunque repite muchas de las características de dicho estilo, se aprecian aspectos más propios de épocas avanzadas. Por ello, a la hora de datar la talla, existen dos líneas de estudio opuestas, con sus defensores y sus detractores. Así, si se observan los aspectos más humanizados y, por lo tanto, más modernos de las figuras, como las caras, las sonrisas, la posición del Niño, el giro de la Virgen, los pliegues, o los peinados, según autores como C. Peig, la talla podría situarse alrededor de la segunda mitad del siglo XIII, en la transición hacia el gótico. Pero si se tienen en cuenta aquellos rasgos tipológicos más primitivos y arcaizantes, que la acercan a tallas similares de iglesias como Covet, Cortscastell o Erillcastell, como afirmaron Cook o Gudiol, la Virgen se podría situar entorno el siglo XII. Tales conclusiones sobre la tipología y el estilo de esta talla han llevado a los especialistas a plantearse o bien la existencia de un taller de artistas que trabajaron por una área concreta o bien la repetición incansable de un mismo modelo durante más de un siglo.



Virgen con niño

BIBLIOGRAFÍA

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 98-112; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 456-461; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, pp. 270-272 Y 560-563.

Iglesia de Sant Miquel del Puig de Meià

LA IGLESIA DE SANT MIQUEL se sitúa en el Puig de Meià, a medio camino entre la cima, desde la que se asoma el castillo, y la población de Vilanova. Desde el pueblo se debe tomar el camino que va hacia el Hostal Roig y a poco más de 1 km coger un estrecho sendero que aparece en el lado izquierdo y que conduce, campo a través, al edificio.

No se conservan noticias de época medieval sobre la iglesia, aunque Roig i Jalpí la menciona en sus escritos del siglo XVII. Probablemente, desde un principio funcionó como capilla dependiente de la iglesia de Sant Cristòfol, primero, y de la de Sant Salvador, después. Lo que sí se conoce es su advocación pues está dedicada a san Miguel, el arcángel guerrero, cuya devoción tuvo mucho éxito durante toda la época medieval y cuyos templos, en muchas ocasiones, se situaban en montañas o zonas elevadas ya que su leyenda cuenta que se aparecía en las alturas.

No se puede decir gran cosa de esta simple, modesta y arruinada construcción, dado que se conserva bien poco de su estructura. Se trataba de un edificio de una sola nave, que, posiblemente, estaba cubierta con una bóveda de cañón, y un ábside semicircular. Parece ser que la puerta se abría en el lado norte y que sus gruesos muros no tenían ventanas. El irregular aparejo utilizado, dispuesto en hiladas uniformes, poco trabajado y apenas escuadrado, es de mayor tamaño en la zona del ábside. Dados los restos conservados, resulta muy difícil establecer una cronología concreta, que algunos autores han situado en el siglo XII.

TEXTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAYS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, p. 293; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVIII, pp. 461-462.

Antiguo monasterio de Santa Maria de Meià

EN EL EXTREMO MÁS ORIENTAL del pueblo de Santa Maria de Meià se localiza el antiguo monasterio de Santa Maria de Meià, que siglos atrás llegó a controlar gran parte de las tierras y parroquias de las inmediaciones. Pero la grandeza y el poder que antaño cubrieron a la institución monacal se vieron transformados en decadencia y desprestigio después de la Edad Media, y en abandono y olvido durante gran parte del siglo XX. Afortunadamente, en la década de los noventa se restauró para transformarse en una casa de colonias, que si bien desvirtuó su sentido, en cambio consiguió mantenerlo vivo hasta nuestros días.

A Santa Maria se llega desde Vilanova de Meià por la carretera local LV 9131, que en escasos 5 km recorre los campos de cultivo, cruza el pueblo y lleva, sin posibilidad alguna de pérdida, directamente al antiguo monasterio que se levanta junto al cementerio.

Los orígenes del monasterio de Santa Maria de Meià se conocen bastante bien y están estrechamente ligados a los señores de Meià y a las donaciones que estos hicieron a la institución. A pesar de que se cuenta con numerosas noticias documentales, sobre todo las relacionadas con esas donaciones, los especialistas no han podido datar con exactitud la fecha de su fundación.



*Vista general
del monasterio*

Existen algunas historias legendarias que han mitificado la cronología de la obra y las circunstancias de su fundación, las cuales, aunque carecen de rigor histórico, la tradición las ha mantenido vivas hasta nuestros días. Mientras algunas leyendas sitúan su nacimiento en torno al siglo VI y relacionan su construcción primitiva con los visigodos, e incluso con los romanos, otras datan la obra en el siglo VIII y cuentan que fue el mismo Carlomagno quien fundó el cenobio tras haber encontrado una imagen de la Virgen en una cueva donde había sido guardada por los cristianos antes de la llegada de los musulmanes. Sea como fuere, se sabe a ciencia cierta que la obra se llevó a cabo a principios del siglo XI, entre 1010, año en el que se produjo una razia musulmana, y 1040, fecha en la que se tiene la primera noticia documentada de su existencia. Este documento es un acta en la que el señor del castillo de Meià, Guillem de Meià, dotó con una parte muy importante de sus bienes al nuevo monasterio de Santa Maria de Meià que él mismo había levantado unos años antes. Desde su fecha de creación el monasterio pasó por diferentes etapas, algunas de esplendor y muchas otras de decadencia, que han quedado perfectamente documentadas en escritos y actas de todo tipo. A partir de todos esos documentos los especialistas han conseguido trazar de manera bastante precisa la historia de Santa Maria de Meià, una historia de abades y priores, de donaciones, posesiones y dependencias, hasta que finalmente la institución desapareció a principios del siglo XIX con las desamortizaciones eclesiásticas. En un principio, la voluntad de Guillem de Meià fue crear un monasterio independiente de toda sujeción eclesiástica, y evitar, así, la dependencia episcopal. Por ello lo dotó de multitud de iglesias, feudos y propiedades con el fin de crear una especie

de canónica en la que probablemente los abades serían elegidos por y entre los miembros de la familia fundadora de los Meià. Pero la prosperidad de la institución pronto se vio afectada por las incursiones sarracenas, que habían destruido y despoblado toda la zona y la habían sumido en una profunda decadencia, ante la cual el abad de Meià no supo revitalizar la situación, por lo que la familia pensó que una donación a un monasterio en pleno funcionamiento ayudaría a su recuperación. Así, entre 1080 y 1083, el monasterio fue donado por parte de Guitard Guillem, hijo de Guillem de Meià, al monasterio de Sant Serní de Tavèrnoles, con la finalidad de que volviera a recuperar la grandeza y el poder que había perdido. La donación no debió gustar al abad titular de Santa Maria, llamado Pere, que entre otras cosas se negó en rotundo a aceptar la nueva regla benedictina que Sant Serní imponía, desconociéndose bajo qué regla había estado sujeto hasta el momento. Se inició así una polémica en torno a la cuestión que acabó incluso con un juicio.

Finalmente, el monasterio pasó a Ermengol, nieto de Guillem de Meià y archidiácono de Barcelona, quien se convirtió en abad y siguió realizando donaciones y confirmando otras antiguas. Ante los problemas que acarrea la elección y la sucesión de los abades, éste decidió seguir el consejo de su padre y en su testamento cedió el cenobio de Santa Maria a su sobrino, Bernat Amat, con la única condición que a la muerte de éste pasase finalmente a depender del monasterio de Ripoll y que ningún familiar de los fundadores pudiera heredarlo, desligándolo así, definitivamente, de los Meià. Con ello quería conseguir la independencia del monasterio respecto a la familia de los fundadores y que se llevara a cabo una nueva reforma. Ya desde 1121 Bernat Amat ejerció como prelado del monasterio, realizando más donaciones hasta que en 1140, cumpliendo con la voluntad de su tío, pasó a depender del monasterio de Ripoll, donación que fue refrendada por el papa Alejandro III en 1167. Desde entonces el monasterio entró en un período de estabilidad con priores de renombre como Ramon o Bertran. A principios del siglo XIV la situación volvió a decaer, tal y como lo puso en evidencia el visitador del arzobispo de Tarragona, quien en 1315 llegó a inspeccionar el monasterio y dio testimonio de una comunidad con una moral muy relajada y, aunque afirmaba que la iglesia no estaba mal conservada, el monasterio se encontraba bastante maltrecho.

Santa Maria la Real fundación

*Fachada oeste
de la actual
iglesia*



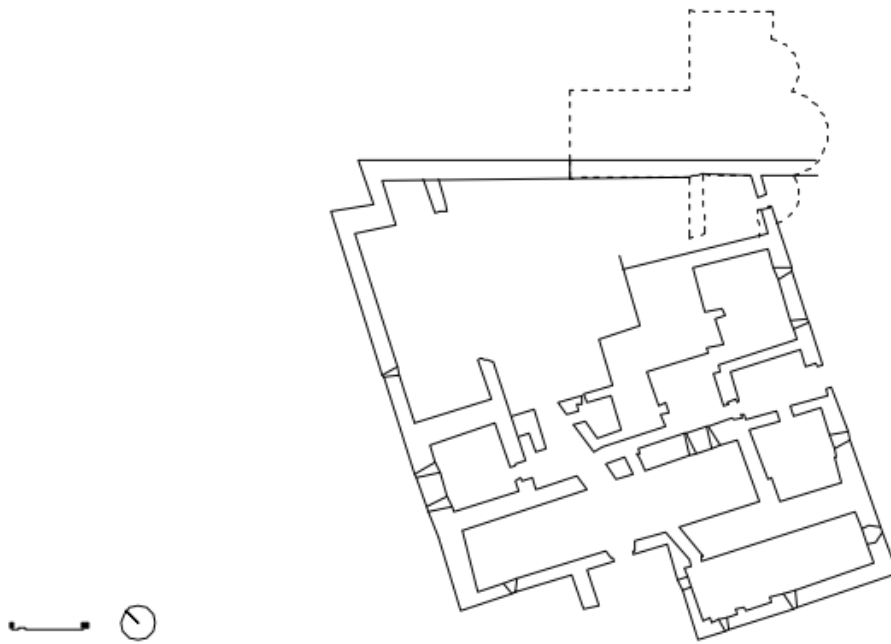
Lamentablemente no ha pervivido casi nada del conjunto monacal medieval de Santa Maria de Meià, y lo que ha llegado a la actualidad o bien está muy modificado y desvirtuado, o bien es de épocas posteriores. Hoy en día existe una gran iglesia barroca, cuya construcción eliminó casi por completo cualquier rastro de la anterior edificación románica. El templo moderno está adosado en su lado sur a un gran edificio de dos pisos que se levantó durante el siglo XVI sobre los restos de las antiguas dependencias monacales románicas que estaban prácticamente en ruinas. Por ello, todo análisis que se realice sobre el monasterio no debe tener en cuenta únicamente de los restos arquitectónicos románicos conservados, que son muy pocos y confusos, sino que debe hacerse más bien teniendo como referencia las fuentes documentales existentes, algunas de las cuales, aunque no son coetáneas, sí son de primera mano.

De la antigua iglesia románica del monasterio prácticamente no queda nada. Y aunque existen algunos vestigios, sería muy complicado poder analizarlos y hacerse una idea de cómo debió ser, si no hubiera sido por los escritos que un viajero del siglo XVII realizó antes de su desaparición. Gracias al testimonio de Gaspar Roig i Jalpí hoy se puede saber con bastante exactitud cómo era la iglesia románica originaria justo en el momento en el que se estaban realizando las obras del nuevo templo parroquial que la sustituyó. Según su descripción, la iglesia estaba formada por una sola nave, no muy grande, orientada al Este, cubierta con una bóveda de cañón de perfil semicircular y coronada por un sencillo ábside. La planta del edificio era de cruz latina, poseía dos brazos con sendos ábsides pequeños que con el central formaban una cabecera triabsidal. Sobre el crucero se levantaba un cimborrio con cúpula apoyado en una estructura de pechinas por encima de la cual se abrían cuatro ventanas que dejaban entrar la luz. Explica que los muros eran gruesos y que existió un alto campanario con muchas ventanas y cinco campanas. Cuenta, además, que el templo contaba con tres puertas. La principal, y más grande, se situaba a los pies del edificio, en el lado donde estaba el cementerio. Este acceso se encontraba en un nivel superior al de la nave, por lo que se debían bajar cinco escalones para entrar. Las otras dos puertas, secundarias, se situaban en los brazos del transepto, una en el izquierdo, orientada a poniente y abierta al claustro situado en un mismo nivel, y otra en el derecho, mirando hacia mediodía, que facilitaba el acceso a la casa prioral tras salvar otros cinco escalones. Esta puerta, mucho más pequeña, es todavía hoy en día visible en el muro sur de la nueva iglesia.

Por otro lado, las dependencias monásticas también han sufrido numerosas transformaciones y cambios a lo largo de su historia, hasta el punto de eliminar casi por completo cualquier vestigio de su pasado. Gran parte del edificio se rehízo en su totalidad a principios del siglo XVI, durante el



Restos de la iglesia románica



Planta

mandato del prior Joan de Cardona, que inició una gran obra reformadora con el fin de recuperar la grandeza que el monasterio había perdido.

La zona de dependencias ubicadas al Sur fueron transformadas posteriormente por el prior Josep de Jalpí. Y finalmente, en los años noventa del siglo XX, con el edificio en plena decadencia, como ya se ha comentado, se acondicionó el espacio como casa de colonias. Con todas estas intervenciones, muchas de las cuales han sido poco respetuosas con su pasado histórico, pocos elementos recuerdan el aspecto originario del antiguo monasterio. De lo poco que se puede ver y de lo que se sabe por referencias documentales, se trataba de un edificio sencillo y situado al sur de la iglesia. Poseía amplios muros de piedra, pocas ventanas y arcos que sostenían los techos y pisos superiores. El espacio acogía las estancias y dependencias monacales básicas como el refectorio, los dormitorios, la cocina, etc. En el lado de poniente había una torre defensiva cuadrada, de piedra picada por ambos lados y de muros gruesos, mientras que en el lado del claustro había una gran sala de la misma factura, que parece ser que se construyó sobre la iglesia primitiva, la anterior a la románica.

Unos de los pocos elementos medievales que se conservan son cinco sepulturas monumentales que se encuentran emparedadas en el muro sur de la iglesia, en el arco que abría el transepto del originario edificio románico a su brazo del mediodía. Fueron profanadas, movidas del lugar y reaprovechadas, por lo que actualmente se encuentran en el exterior, a la intemperie, en el pequeño patio que funcionaba como claustro situado entre la antigua iglesia y el recinto prioral. Existían tres más, de las cuales no se sabe nada, pero se intuye que pudieron servir para rellenar otros muros de la nueva construcción y que posiblemente quedaron ocultas tras alguna estructura. Por las descripciones existentes se sabe que algunas de estas tumbas se elevaban sobre pequeñas columnas, como las encontradas en la iglesia de Sant Salvador de Vilanova de Meià, y parece ser que las ocho sepulturas se encontraban repartidas por toda la iglesia, unas a la entrada del templo, en el atrio, otras en alguna capilla del interior y el resto en el claustro.

Las fechas aproximadas de la fundación del monasterio, la tipología constructiva de la iglesia, la factura de sus muros y la aparición de algunos elementos concretos permiten datar la obra de la iglesia en el siglo XI, en el apogeo del período del románico lombardo, aunque no se ha conservado rastro alguno de la habitual decoración que lo caracteriza, ni el testimonio de Roig i Jalpí tampoco hace referencia a ella.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS - PLANO: ALBERT REIG FLORENSA

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R., Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 359-394; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 462-470.

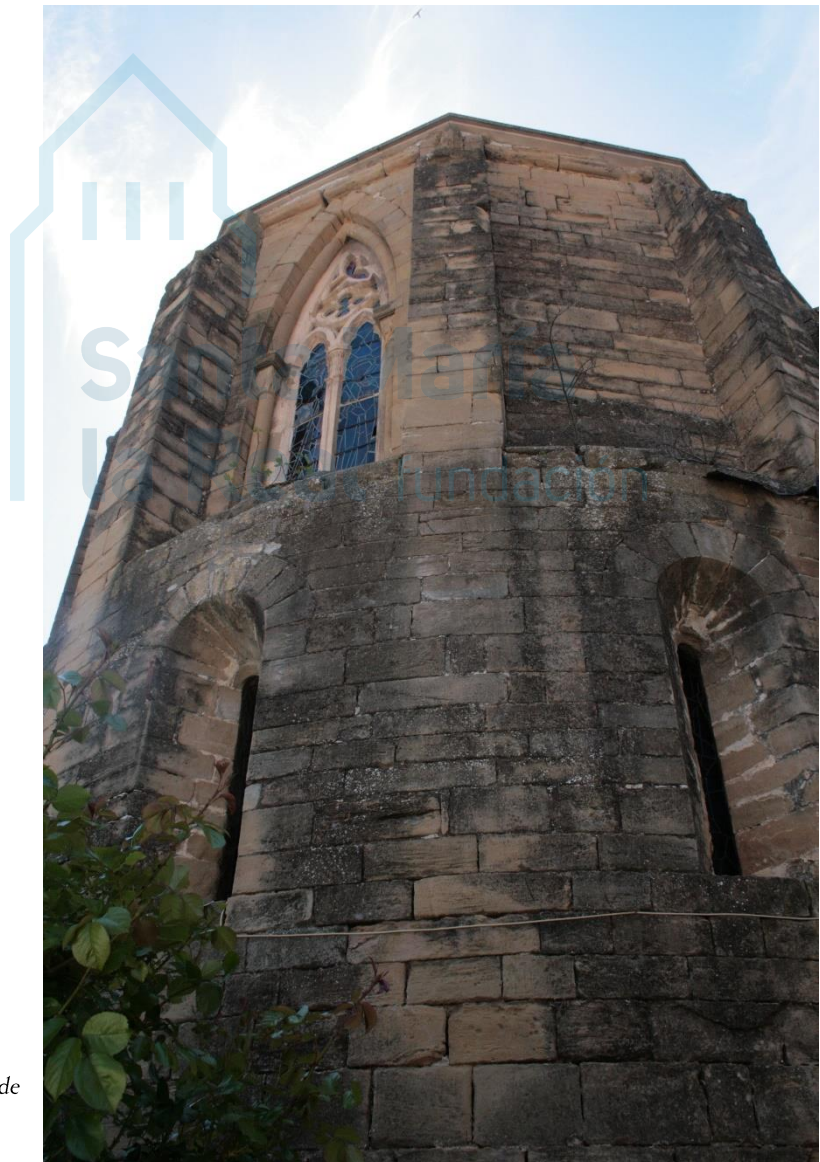
Iglesia de Sant Salvador de Vilanova de Meià

LA IGLESIA DE SANT SALVADOR se encuentra en el corazón de Vilanova de Meià, en lo más alto de la población medieval que se levantó de nueva planta entre finales del siglo XI y principios del siglo XII, en sustitución del asentamiento del Puig de Meià que poco a poco se había ido despoblando. Los ataques musulmanes primero, las disputas señoriales por el lugar después, la peste posteriormente y las ventajas de vivir en el valle, fueron motivos suficientes para buscar un nuevo asentamiento. Aunque las primeras noticias sobre el templo datan de finales del siglo XIII se sabe que debió de existir ya desde finales del siglo XI, cuando Ramon I de Meià edificó su castillo y, en torno a él, una nueva población. Prácticamente no queda nada de la fortaleza, pero se tiene constancia que su pequeña capilla con el tiempo se convirtió en la actual iglesia parroquial de Sant Salvador, la cual relegó a mera ermita dependiente a la de Sant Cristòfol del Puig de Meià. Ambas entraron en la órbita del monasterio de Santa Maria de Meià con anterioridad a 1040, cuando se realizaron importantes donaciones por parte de Guillem de Meià, que fueron refrendadas por su nieto Ermengol en 1095.

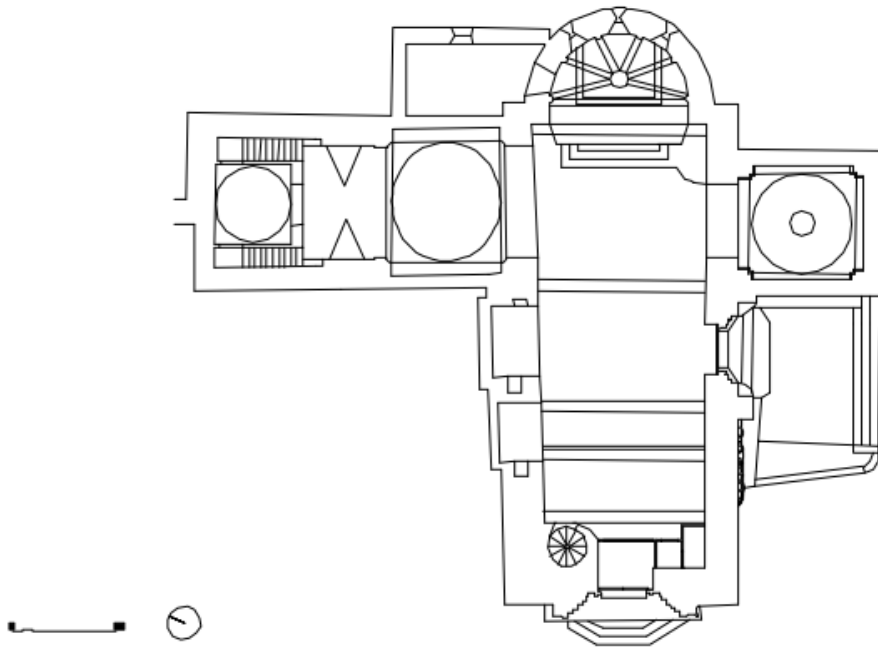


Vista general

La iglesia, dedicada a san Salvador es actualmente un imponente edificio que presenta cierto eclecticismo en sus formas, en las que se mezclan elementos tardorrománicos con otros claramente góticos, además de los añadidos realizados durante el siglo XVIII, cuando se incorporó un coro, se alargó el brazo norte, se levantó la zona alta del campanario y se reformó el tejado. A su única y espaciosa nave rectangular se le adosaron dos capillas laterales, la del Rosario y la del Santísimo, que crean la sensación de planta de falsa cruz latina. La nave está cubierta con una gran bóveda de cañón de perfil apuntado, en la que tres arcos fajones determinan otros tantos tramos. El ábside, de planta semicircular y una de las partes más destacadas, aún en su estructura elementos románicos y los primeros atisbos de formas góticas, fusionándolos perfectamente en un estilo de transición característico de finales del siglo XIII y principios del siglo XIV. Asimismo, concentra una importante cantidad de capiteles e impostas profusamente decoradas. En su exterior es una estructura sencilla y austera en la que se aprecian dos niveles claramente diferenciados. La parte inferior corresponde a una primera fase constructiva románica, y está formada por un paramento semicilíndrico liso, compuesto de sillares regulares, alargados, muy bien trabajados y encajados, en el que se abren tres sencillas ventanas de arco de medio punto. La parte superior, de planta poligonal, se construyó posteriormente en época gótica, y en ella se abren una gran ventana de arco ojival en su centro y un rosetón en uno de los paños laterales.



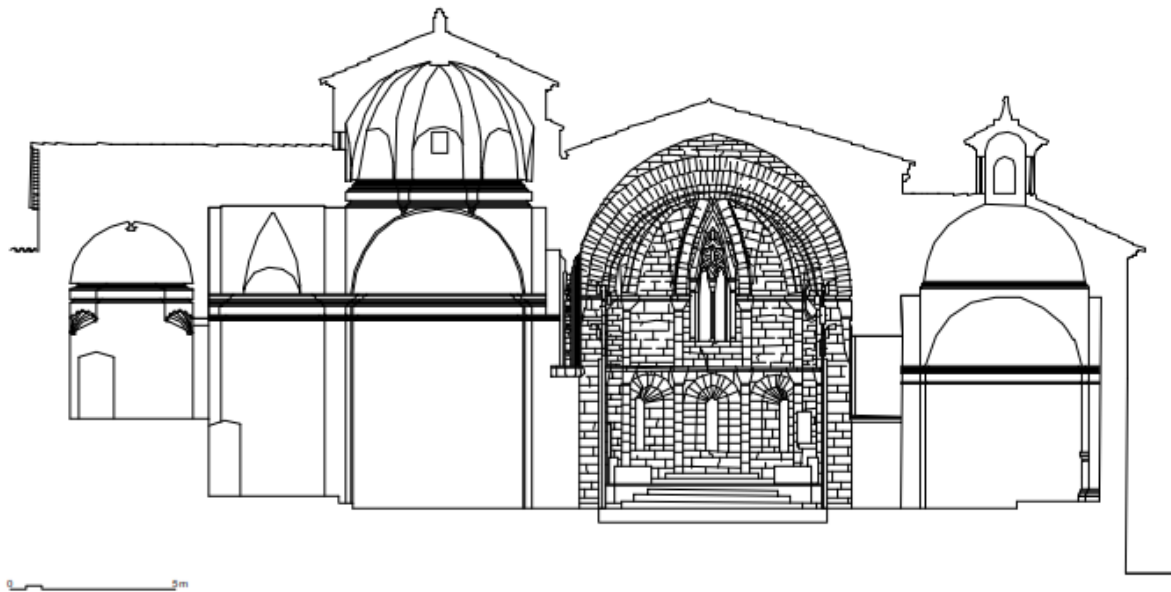
Vista exterior del ábside



Planta



Alzado sur



Sección transversal

En el interior de la cabecera, también se aprecian claramente las dos fases constructivas vistas en el exterior. Así, la parte inferior sigue el estilo románico característico de la escuela de Lleida, mientras que la parte superior muestra unas soluciones y unos elementos de transición hacia la novedad imparable que representa el gótico. Las tres ventanas románicas son de doble derrame y están enmarcadas por seis pequeñas columnas adosadas al muro cuyos capiteles de estructura troncocónica están ricamente decorados. Su temática, esencialmente figurativa, presenta en tres de las cestas sendas parejas de rostros humanos de una caricaturesca gestualidad, acompañados en una de ellas de unas puntas de diamante y en otra por un personaje de cuerpo entero en posición invertida. Otro de los capiteles incluye la cabeza de un animal junto a otro rostro humano, entre profusa y esquemática decoración vegetal. Un quinto incorpora una escena de difícil interpretación formada por tres rostros humanos bajo los que unas figuras muy desgastadas parecen entrelazar sus brazos de tal forma que algún autor ha sugerido que podría tratarse de una escena de lucha. Finalmente, un capitel incorpora un Cristo crucificado con dos ángeles sobre los brazos de la cruz. Algún especialista ha querido detectar una hipotética diversidad en la ejecución de estas piezas, que ha sido explicada por una supuesta intervención de varios artistas. Al igual que la lectura de buena parte de ellos, su datación es igualmente una incógnita, si bien la presencia de la crucifixión ha llevado a algún autor a considerarlos posteriores a mediados del siglo XIII.

Una imposta profusamente ornamentada divide los dos niveles de la cabecera y la recorre perimetralmente por encima de los capiteles, a la altura de sus cimacios, los cuales incorpora en la secuencia decorativa. Presenta diferentes motivos geométricos en relieve, como dientes de sierra, trenzados, zigzag o espirales, algunas decoraciones florales, una luna menguante con las puntas hacia abajo, una serpiente enroscada en un árbol o un escudo heráldico compuesto por dos ciervos afrontados y dos estrellas, que posiblemente pertenezca a la familia Cervera, lo que podría confirmar la cronología anteriormente comentada para los capiteles. La factura de la talla es bastante esquemática.



Interior

En la zona alta, unas columnas adosadas rematadas en capiteles conectan las del nivel inferior con los gruesos nervios de la bóveda de crucería, los cuales se juntan en un medallón en la clave en el que se representa a un *Agnus Dei*.

La gran bóveda apuntada que cubre la nave representa un ejercicio de experimentación de los constructores en el afán por encontrar, en pleno periodo de transición al gótico, soluciones cada vez más ligeras y resistentes para la cobertura de amplios espacios. Arranca de una imposta corrida que se extiende por casi por todo el perímetro y que en el tramo oriental está decorada por puntas de diamante, mientras que en el resto es una moldura biselada lisa. Los arcos fajones nacen de unos capiteles troncocónicos apoyados sobre semicolumnas que se integran en el muro sin llegar hasta el suelo. En el muro norte, se abrieron en época gótica dos pequeñas y sencillas capillas formadas por sendos arcos ojivales, la de san Antonio, que guarda una virgen policromada de época gótica y otra destinada a la impartición del sacramento del bautismo, en la que se conserva una pila bautismal que no es románica.

Dos son los accesos al templo, la gran portada principal, conocida como la Porta de Baix, abierta a los pies de la iglesia a principios del gótico, y la puerta originaria románica, que se encuentra centrada en el lado del mediodía, entre dos contrafuertes y está formada por un arco de medio punto enmarcado por dos arquivoltas lisas y una chambrana. La estructura descansa sobre jambas lisas y seis columnas rematadas por capiteles troncocónicos decorados en bajorrelieve. Dos parejas de columnas unidas entre sí se disponen a ambos lados, bajo el dintel liso, y soportan sendas parejas de capiteles dobles con decoración vegetal. Las dos cestas orientales presentan dos registros de alargadas hojas con nervio perlado, motivo que se repite en uno de los capiteles de la parte alta del ábside, lo que puede ser un indicio de que son de la misma mano, o al menos de época similar. En la otra pareja se representan hojas

de helecho con doce lóbulos a cada lado del nervio. Los capiteles sobre las columnas exteriores están igualmente decorados con motivos vegetales, pero formados por hojas entre tallos entrelazados, de acuerdo a modelos que se encuentran, con algunas variaciones, en portadas como las de Castelló de Farfanya, Agramunt, Vinaixa o Santa Maria de Cubells, las cuales se datan a mediados del siglo XIII. Sobre los capiteles y las jambas discurren sendas impostas corridas decoradas con un motivo de entrelazados que algún autor ha relacionado con la cenefa que rodea el *Agnus Dei* de la clave de la bóveda del ábside. El mismo motivo se encuentra en un sepulcro del monasterio de Santa Maria de Meià que se fue datado a mediados del siglo XIV por Roig y Jalpí. Se accede a esta portada por medio de una escalinata que salva el desnivel del exterior.

Los muros laterales, que están reforzados por unos contrafuertes, son bastante gruesos y están formados por un aparejo muy homogéneo compuesto de sillares regulares y bien escuadrados, tallados en una piedra arenisca y dispuestos en hiladas horizontales.

Tres pequeñas columnas, rematadas por sendos capiteles, se hallan reaprovechadas y recolocadas en el altar mayor de la capilla de san Salvador, en el brazo norte del transepto. Mientras que dos de ellas tienen capiteles lisos, el de la tercera está ornado con un motivo habitual en el ámbito cisterciense, formado por una sencilla decoración de ocho grandes hojas de lirio. Parece ser que pudieron funcionar como soportes de un sarcófago, de manera similar a como sucede en Bellpuig de les Avellanes. Se les asigna una cronología tardía, entre finales del siglo XIII y principios del XIV.

Actualmente, la iglesia guarda la virgen románica de Sant Cristòfol del Puig de Meià, que regresa a su templo de origen en una romería que se celebra cada primer domingo de mayo.



*Capitel del ábside
con Cristo crucificado*

TEXTO: JUAN ANTONIO CAMPOS - FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS /ALBERT REIG FLORENSA - PLANOS: ALBERT REIG FLORENSA

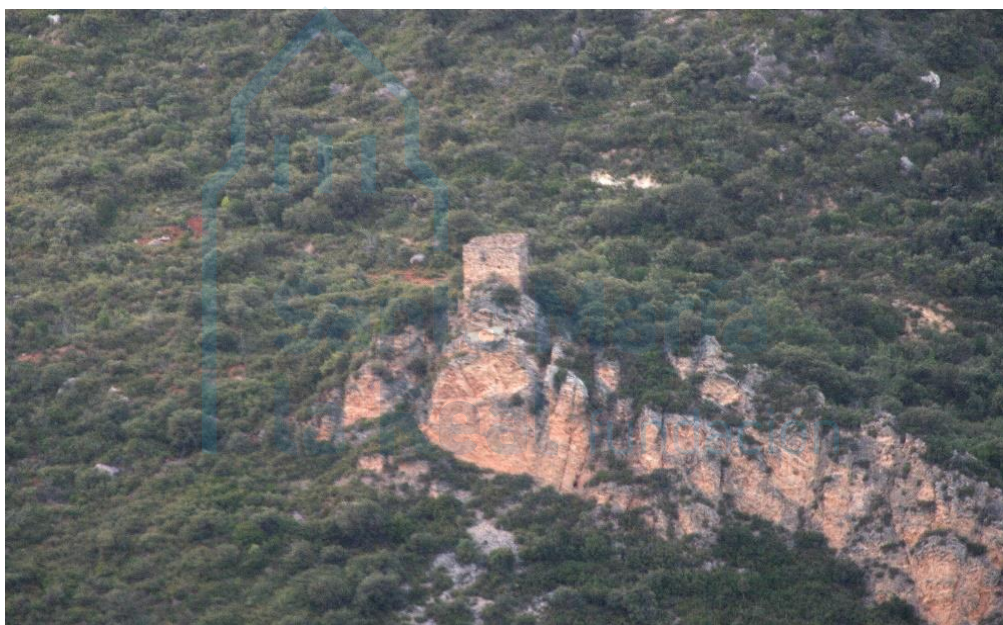
Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 265-296; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 449-453; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, pp. 556-557.

Castillo de Cabrera

CABRERA, UN PEQUEÑO NÚCLEO que nació en época medieval al amparo de su castillo, se encuentra a los pies de la sierra del Montsec, rodeado de montañas, barrancos y bosques, a medio camino entre Santa Maria de Meià y Figuerola. Desde Santa Maria de Meià se debe tomar una pista forestal que sale en dirección a Figuerola y pasa por el alto de Orenga, donde aparece un pequeño sendero por el que hay que caminar más de una hora hasta llegar a un saliente desde el que se ven la iglesia y el castillo de Cabrera.

Si bien la primera noticia conocida del término de Cabrera data de 1051, cuando Arnau Mir de Tost vendió a Guitard Guillem de Meià algunas posesiones cerca del castillo de Orenga, el primer documento que cita el castillo es el testamento de Guillem de Meià, de 1093, en el que lo dona a su hermana Ermengarda y establece que debería pasar a su sobrino Ramon en caso que ella y su marido muriesen sin descendencia. Así sucedió y el castillo, como muchas otras posesiones de los Meià, pasó a manos de la familia de los Cervera, y desde principios del siglo XIV a la Corona. La fortaleza formaba parte de la red de castillos y torres de defensa que se alzaban y comunicaban visualmente desde el castillo del Puig de Meià hasta el de Orenga, la torre de Vallferines o la de Sant Pere.



Vista general

El castillo, también conocido como la Torre d'en Lluc, es una construcción pequeña de planta ligeramente trapezoidal, que no llega a los 7 m en su lado más largo. Sus muros son bastante anchos y están hechos de piedra muy irregular, escasamente trabajada y dispuesta en hiladas más o menos horizontales, algunas de ellas en forma de *opus spicatum*. Aunque su altura fue mayor, actualmente cuenta con dos niveles por los que se distribuyen unas pocas ventanas. Su puerta se sitúa en el lado oeste y está conformada por un arco de medio punto sencillo de piedra toba. La construcción destaca por su sencillez y sobriedad, y se acerca más a la tipología constructiva de las casas fuertes que a la de castillo. Desgraciadamente, hoy en día se encuentra bastante maltrecho y gran parte de sus muros se han derrumbado. De acuerdo con su tipología constructiva, el castillo ha sido datado entre los siglos XI y XII.

Bibliografía

BERNAYS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 399-400; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 471-472.

Iglesia de Sant Pere de Cabrera

PARA LLEGAR A LA IGLESIA DE SANT PERE de Cabrera se debe seguir el mismo camino que para el castillo. Aunque existen muy pocas noticias documentales sobre esta iglesia dedicada a san Pedro, se sabe que formó parte de la dotación inicial que Guillem de Meià hizo al monasterio de Santa María de Meià en su fecha de creación, antes del año 1040. Aún así, aunque ya existiera durante la primera mitad del siglo XI, los historiadores coinciden en datar el templo que ha pervivido hasta nuestros días a caballo entre los siglos XII y XIII, como ejemplo de una obra tardía que posiblemente se levantó sobre un edificio anterior. Ostentó la categoría de iglesia parroquial hasta una fecha indeterminada pero anterior a mediados del siglo XVII, en la que perdió dicha categoría. Roig i Jalpí hablaba de ella como iglesia que "Antiguamente era parroquial". Formó parte de las propiedades que el priorato de Santa Maria de Meià poseyó en la zona de la Coma de Meià, hasta que en el siglo XIX se abolieron los señoríos jurisdiccionales.

La iglesia es un edificio pequeño y sencillo, de factura tosca y humilde, que se organiza a partir de una sola nave, cubierta con una bóveda de cañón ligeramente apuntada, y una cabecera formada por un ábside semicircular que se abre a aquella mediante un estrecho arco presbiterial de medio punto. Un arco fajón, también apuntado y apoyado en sendas pilastras rectangulares, determina dos tramos en el espacio de la nave. El uso de sillares bien labrados y escuadrados en este arco, que contrastan con el sillarejo dispuesto en hiladas bastante irregulares del resto de la fábrica, ha llevado a algunos autores a pensar que quizás parte de la bóveda de la nave central fue reformada y rehecha. La puerta se abre en el muro sur y su arco de medio punto, destacado respecto al paramento, está formado por grandes dovelas de piedra toba. En los gruesos muros tan sólo se abren dos ventanas, una de derrame simple en el centro del ábside, y otra de similares características en el lado oriental del primer tramo del muro sur. En el lado norte, cerca del ábside, se adosó a la nave, con posterioridad, una pequeña capilla de planta rectangular cubierta con una bóveda de cañón apuntada. Su factura es más cuidada que el resto del edificio.

Actualmente, el edificio se encuentra en un lamentable estado de conservación, parte de la bóveda se hundió hace tiempo, y a las partes que se mantienen en pie les espera un futuro nada alagüeño de no mediar una necesaria intervención.

TEXTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAYS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 399-400; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVIII, pp. 472-473.

Castillo de Orenca

EL CASTILLO DE ORENCA se sitúa en una peña cerca de la cima de Orenca, entre la sierra de Sant Mamet, el valle de Peralba y el de Meià. Se llega tomando la pista de tierra que va desde Santa

Maria de Meià a Fontllonga y que sube hacia lo más alto de la montaña, desde donde se debe coger un estrecho camino en dirección sur que llega hasta sus pies.

Aunque el término de Orença se documenta ya en 1040, no es hasta 1087 cuando se cita por primera vez su castillo. Muy probablemente la fortaleza estuvo en manos de los Meià desde un principio, aunque tal posesión no aparece documentada hasta 1193, cuando Guillem III lo donó en su testamento a su hermana Ermengarda. En 1312 el castillo pasó a manos del rey Jaime II gracias a la permuta de territorios que realizó con Pedro de Ayerbe.

Del castillo se conserva principalmente su torre, que presenta una doble estructura de muros de perfil semicircular. Una primera torre interior más antigua, bastante irregular, y posiblemente islámica, está rodeada por una segunda exterior, mejor construida, que fue levantada tras su conquista por los cristianos. Algunos autores ven en este tipo de soluciones que reaprovechaban las torres defensivas preexistentes reforzándolas con un nuevo muro perimetral un recurso habitual en la zona. Además de la torre, existía un recinto amurallado que se extendía hacia el Oeste, del que sólo quedan, a unos pocos metros de la fortaleza, partes de una pared que pertenece a la misma época que la torre exterior. En esa misma zona y en la cresta de una peña se hallan otros muros perimetrales de similares características, así como ruinas de algunas casas medievales.

La datación del castillo de Orença es compleja ya que no se conocen documentos sobre su origen. Parece seguro que se construyó en un territorio fronterizo que fue el escenario de numerosos enfrentamientos entre los condes de Urgell y las tropas musulmanas. En consecuencia, la parte más antigua pertenece al siglo X, mientras que el resto bien puede ser del XI.



Torre desde el sureste

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F. 1999, pp. 260-264; BURON I LLORENS, V., 1989, p. 178; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, VI (I), pp. 342, 482, 483, 485 y 494; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 473-474; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, pp. 97-98.

Casa fuerte de Rocaspana

LA CASA FUERTE O CUADRA DE ROCASPANA, se sitúa en lo alto de un cerro en la sierra de Sant Mamet, sobre el valle de Peralba, dentro del antiguo término del castillo de Peralba. Se llega fácilmente desde Santa Maria de Meià por la pista que va a Fontllonga y que cruza el coll d'Orença.

Una vez en la cima, se divisa a mano izquierda. Desde ahí se debe subir a pie por un estrecho sendero hasta llegar a la construcción conocida por las gentes del lugar como la Torre de Mataperunya.

El nombre de Rocaspana no aparece documentado hasta 1304, cuando en una venta de terrenos al monasterio de Santa Maria de Meià se cita de manera indirecta a un tal Guerau de Rocaspana. El término de Rocaspana aparece todavía mucho más tarde, en 1426, cuando el rey Alfonso el Magnánimo vendió una casa que había en dicho lugar. En el siglo XVII Roig i Jalpí la documenta y señala que se encuentra inhabitable.

La torre es una sencilla y sólida construcción de planta cuadrada de casi 8 m de lado en su parte interior. Posee actualmente una altura de unos 9 m, aunque originariamente debió de elevarse algo más. Los muros tienen un grosor de unos 80 cm, están conformados por sillares medianos, regulares y unidos con mortero de cal. Albergan gran cantidad de ventanas aspilleras. El muro norte hay seis aberturas en la zona baja y una en la arista noreste, cinco en la zona superior y dos más en la zona más alta. En el resto de los paramentos hay menos vanos, pero de similares características. Se accedía por una puerta, situada en el ángulo suroeste a una altura considerable, de la que no queda resto alguno. En el interior un muro de Este a Oeste compartimenta el espacio en dos. En los paramentos interiores se observa como el edificio estaba compuesto por una planta baja de unos 2 m de altura, un primer piso de algo más de 3 m y una planta superior, que posiblemente albergó una cubierta desde la cual otear el horizonte, y un palomar.

La fortificación se ha conservado bastante bien y sólo se han venido abajo el ángulo suroeste, en donde estaba la puerta, el tejado y las estructuras internas de madera que conformaban los distintos niveles.

Aunque es muy probable que ya existiera desde el siglo X o en el XI, algunos autores han datado la construcción en torno al siglo XIII y la han relacionado con muchas otras torres o casas fuertes que abundan en la zona de la Noguera, y que posiblemente pertenecieron a destacados miembros de la nobleza local.



Vista general desde el sur

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 260-264; BURON I LLORENS, V., 1989, p. 179; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, VI (I), pp. 231, 342 Y 485-486; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 474-475.

Casa fuerte de Vallfarines

EN EL VALLE DE MEIÀ y a los pies de la sierra del Montsec de Rúbies se emplazaba el antiguo poblado de Vallfarines al que se llega desde Santa Maria de Meià siguiendo la pista que va a Fontllonga. A los pocos kilómetros de camino aparece a mano derecha la casa fuerte, a la que se sube por un estrecho sendero.

La primera mención del pueblo data de 1001 y aparece en un documento en el que se vendía el término de Vallfarines y su castillo a un comprador que posiblemente fuera miembro de la familia Meià, ya que

años después aparecen éstos como propietarios. En 1041, Arnau y su mujer Guisla donaron al monasterio de Santa Maria de Meià unas tierras en el término del castillo de Sant Esteve de Montsec, nombre que tomó la cuadra de Vallfarines en honor a su iglesia, hoy desaparecida, y que debieron de hacer lo mismo con su iglesia y su castillo años más tarde. Los escritos de Roig i Jalpí son algo confusos cuando habla de Vallfarines y de Sant Esteve de Montsec ya que los considera dos lugares distintos, cuando muy posiblemente hicieran referencia al mismo término.

La construcción es una torre de planta ligeramente rectangular, cuyos lados más largos, el norte y sur, miden en su exterior unos 9 m, mientras que los más cortos tienen prácticamente 8 m. Tiene una altura aproximada de 7 m, aunque originariamente debió de ser algo más elevada. El interior estaba dividido en dos niveles, un primer piso de unos 2 m de altura y un segundo nivel de 3 m, aproximadamente, y posiblemente llegó a tener un tercer piso que sería una terraza, pero del que nada queda. Los muros presentan un grosor de 75 cm y están conformados por una piedra irregular, mediana y de formas variadas, unida con mortero de cal. La puerta, situada en el muro sur, está formada por un arco de medio punto realizado con de grandes dovelas. Por encima, se encuentra una ventana pequeña y cuadrada. Varias aspilleras, repartidas en dos alturas que se corresponden con los pisos del interior, se abren en este mismo muro meridional, así como en el septentrional.

La casa es muy similar, en cuanto a tamaño y características, a la casa fuerte de Rocaspana y sobre todo a la de la Santa Creu de Artesa de Segre, y al igual que éstas debieron de pertenecer a algún miembro de la nobleza local, por lo que ha sido datada entre el siglo XII y XIII.



Vista exterior desde el sureste

Santa Maria
la Real fundación

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, PP. 260-264; BURON I LLORENS, V., 1989, PP. 182-183; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, VI (I), PP. 482 Y 485; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, PP. 476-477.

Ermita de Sant Aleix

EN LO MÁS ALTO DEL PUIG DE MEIÀ existe un estrecho camino sin señalizar que se adentra en el bosque y lleva, tras una caminata de casi una hora en dirección oeste, a la cima de un risco, el de les Serretes, en el que se encuentran las ruinas de la antigua ermita de Sant Aleix.

San Alejo fue un santo que, aunque gozó de mayor popularidad en la iglesia ortodoxa, también tuvo cierto predicamento en tierras catalanas, principalmente con anterioridad a su repoblación en el siglo X, lo que ha llevado a algunos autores, ante la falta de noticias sobre este templo, a ver en este hecho un indicio de su antiguo origen. En el único testimonio documental moderno existente, una pequeña

referencia en los escritos de Roig i Jalpí, ni siquiera se describe el edificio, por lo que probablemente ya estaba derruido en ese momento.

Por los restos conservados, las primeras hiladas de su perímetro, parece que se trataba de un pequeño templo de una sola nave rectangular, ligeramente irregular, y un ábside semicircular, realizado en sillarejo irregular en tamaño, forma y disposición.



Vista de los restos desde el oeste

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, p. 292; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 475-476.

Iglesia de Sant Sadurní de la Fabregada

EN EL ANTIGUO POBLADO DE LA FABREGADA, a pocos metros de la Cova de les Monges, se encuentran las ruinas de la iglesia de Sant Sadurní, a para llegar a las cuales se necesita un todo terreno. Desde Vilanova de Meià se toma la pista que sale hacia el Hostal Roi. En el coll de

Cabesses, se debe abandonar el vehículo y realizar una caminata de veinticinco minutos por un sendero que se adentra en el barranco, sube las empinadas pendientes, y va a parar a la Cova de les Monges, donde se encuentran el castillo de la Fabregada y la iglesia de Sant Sadurní.

No existen documentos de época medieval que hagan referencia a Sant Sadurní, aunque es muy probable que el templo ya existiera en 1094, cuando se habla por primera vez del castillo de la Fabregada. Se sabe, por Roig i Jalpí, que funcionó como iglesia parroquial de la Fabregada, que tenía como sufragánea, entre otras, a la iglesia de Santa Cecília. Ambos templos pasaron a depender del priorato de Santa Maria de Meià con anterioridad a 1315, fecha en la que el visitador del obispo de Tarragona inspeccionó las posesiones de dicho monasterio.



Interior del muro norte

La iglesia dedicada a san Saturnino, advocación, bastante frecuente a ambos lados del Pirineo, era un sencillo edificio, sin grandes alardes técnicos y de tosca factura, pero con una solución arquitectónica original. Del edificio originario sólo queda en pie el muro norte hasta el arranque de la bóveda, el inicio de la curva del ábside y gran parte del muro oeste, que conformaba los pies de la iglesia. Del resto sólo se conservan, enterrados y cubiertos por la espesa vegetación, parte de los cimientos. Dichos vestigios permiten saber que la iglesia se organizaba a partir de una sola nave rectangular de tamaño considerable, y de un ábside semicircular que ha desaparecido casi por completo. Estaba cubierta por una bóveda de cañón en la que cinco arcos fajones de medio punto, de los que han pervivido las pilastras rectangulares en las que se apoyaban, compartimentaban el espacio. Entre estas pilastras, todavía se conservan en el paramento septentrional, unos arcos formeros, también de medio punto, aunque más estrechos. Esta estructura de arcos formeros adosados a los muros laterales es muy frecuente en las iglesias de la zona del Pallars Jussà y la Noguera, como Sant Romà de Comiols, Sant Miquel de Alòs de Balaguer, la Mare de Déu de la Plana, Sant Serni de Vall-Ilebrerola, Sant Miquel de Vilaplana, Sant Martí de Terrassola, Sant Miquel de Grialó, Sant Cristòfol del Puig de Meià o la de Santa Maria de Lavansa, entre otras. El ábside, de menor anchura que la nave, se abría a ella mediante un arco presbiterial en degradación que es apreciable en la forma escalonada del muro exterior. En el arranque del ábside se encontraron rastros de lesenas, que permiten pensar en que tenía decoración lombarda.

No se ha conservado la puerta, que debió situarse en el desaparecido muro sur, ni ventana alguna, aunque muy posiblemente las tuvo. En el paramento interior se abren unos pequeños nichos. El aparejo se compone de sillarejo de tamaño diverso dispuesto en hiladas más o menos regulares.

La ausencia de noticias y los escasos, pero significativos, restos conservados no son obstáculo para que sus características arquitectónicas hayan llevado a algunos autores a situar la construcción de este templo en el marco de la arquitectura románica del siglo XI.

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

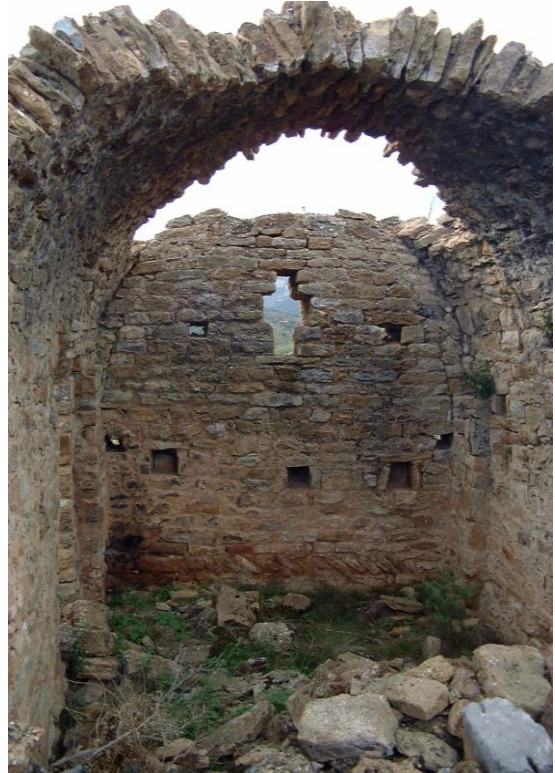
BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 260-264; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 478; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 559.

Iglesia de Santa Cecília de la Fabregada

LA IGLESIA DE SANTA CECÍLIA es, junto con el castillo y la iglesia de Sant Pere, el vestigio medieval más destacado del antiguo término municipal de la Fabregada. Para llegar a Santa Cecília se debe seguir el mismo itinerario que para la iglesia de Sant Sadurní, pero antes de entrar al valle se tiene que tomar el camino no señalizado que aparece cerca de la casa de la Fabregada. Tras unos 2 km, se llega a una explanada desde la que se divisan, a lo lejos y sobre una colina, las ruinas del templo.

No existen noticias documentales directas sobre el origen de la iglesia de Santa Cecília. Posiblemente debió de ser una capilla dependiente de la cercana iglesia parroquial de Sant Sadurní, que, a su vez, estuvo bajo la órbita del priorato de Meià hasta el siglo XIX. Aunque en el momento en que Roig i Jalpí la cita a mediados del siglo XVII, parece que seguía funcionando, su prolongado abandono la ha convertido en una ruina en la que a duras penas se mantienen en pie parte de sus muros.

Se trata de un pequeño edificio de planta formada por una sola nave casi cuadrangular, y un ábside semicircular, del que sólo subsisten las primeras hiladas, y cuyo eje está ligeramente desviado respecto al de la nave. El espacio absidal se abría a ésta mediante un arco



Interior del muro oeste y restos de bóveda de la nave

presbiterial del que se conservan solamente las pilastras. Esta cubierta por una bóveda de cañón, parcialmente hundida en sus extremos, en la que se observan todavía los vestigios de las pilastras donde se apoyaba un arco fajón. El acceso al templo se realiza por una puerta de arco de medio punto situada en el muro sur, las dovelas exteriores de la cual han sido expoliadas. La única ventana conservada se sitúa en la fachada oeste y, como en muchas iglesias cercanas, tiene forma de cruz. Los muros son de un grosor considerable y están formados por un aparejo mediano, bien escuadrado y dispuesto en hiladas horizontales. En ciertas zonas de los paramentos oeste y norte, se observan piedras dispuestas en forma de *opus spicatum*.

Los restos conservados, que destacan por su simplicidad y por la ausencia de elementos ornamentales que ayuden a establecer una datación aproximada, han llevado a algunos autores a situar la obra en el ámbito de la arquitectura del siglo XI.

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 260-264; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 478-479; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 558.

Iglesia de Santa Maria de Lavansa

TÒRREC ES UN PEQUEÑO NÚCLEO a los pies de la sierra del Montsec que, junto a Lluçà y Boada, formaba parte la antigua baronía de Lavansa, una jurisdicción señorial medieval desaparecida en época moderna, e integrada en el actual municipio de Vilanova de Meià. Fuera del pueblo, oculta entre la maleza, se encuentra la cueva de Lavansa y junto a ella la iglesia de Santa Maria. Los 25 km que separan Vilanova de Meià de Tòrrec se recorren por la carretera LP-9132 que va a Artesa de Segre y que enlaza a mitad de camino con la carretera local L-512, más estrecha y sinuosa pero bien asfaltada. Desde Tòrrec se debe andar por un camino no señalizado que desciende hacia un profundo risco en dirección al barranco de Fontfreda. Se tiene que bordear la corriente de agua y volver a subir la peña hasta que otro camino se adentra en la vegetación en dirección a la gruta. A medida que se avanza la vía se diluye en la frondosidad y la travesía se hace más dura y dificultosa hasta que, tras media hora, aparecen a unos escasos 50 m de la cueva los restos de la iglesia románica.

La cueva de Lavansa ha estado habitada desde tiempos prehistóricos hasta finales del siglo XX. El terreno intrincado y protegido, lleno de cuevas en las que cobijarse y rodeado de agua y recursos hicieron del área un lugar ideal en el que establecerse. Las primeras noticias escritas que hacen referencia a la jurisdicción de Lavansa se remontan a 1010, cuando el conde Ermengol II de Urgell realizó una donación a la iglesia de Sant Miquel de Montmagastre de unas tierras situadas en *Lavançola*. A finales del siglo XI, y sobre todo durante el siglo XII, el nombre de Lavansa continuó apareciendo en diferentes documentos testamentarios, tanto como demarcación territorial, como apelativo señorial, pero no será hasta 1391 que se haga referencia directa a la iglesia, dedicada a santa María.



Arcos formeros del muro norte

De la antigua iglesia de Santa Maria de Lavansa, emplazada en una estrecha terraza en la falda de la roca desnuda de la cueva de Lavansa, que está unos metros más arriba, se mantienen en pie unas pocas ruinas, que en buena parte han sido absorbidas por la espesa vegetación. Tras años de abandono las fuertes raíces de boj y encina se han adueñado de la piedra y la han ido debilitando paulatinamente la estructura arquitectónica hasta resquebrajar sus muros y provocar su hundimiento. Tan sólo se conserva una parte importante de su muro norte, un pequeño paño del sur y la base del ábside que peraltaba la iglesia a levante para salvar la irregularidad del terreno. El edificio se adaptaba perfectamente a lo abrupto del terreno y utilizaba el risco que la protege como soporte para su muro norte, que aparece adosado a la roca. Incluso aprovechaba una cueva natural, no muy profunda, como estancia anexa y, posiblemente, lugar de enterramiento al que se bajaba por unas escaleras excavadas en la misma piedra, lo que podría dar pie a pensar en un posible origen eremítico del templo, tal y como sucede en la riojana iglesia de San Millán de la Cogolla, en la soriana de San Baudelio de Berlanga y otras muchas iglesias del románico castellano.

Originariamente constaba de una sola nave rectangular, de unos 15 m de longitud por unos 5 m de ancho, y un sencillo ábside semicircular que presenta, junto al primer tramo de la nave, una ligera inclinación de su eje en relación al resto del templo. Tres arcos fajones, de los que sólo puede verse el arranque, compartimentaban la nave, la cual estaba cubierta con una bóveda de cañón que no se ha conservado. Tan sólo resta del ábside su base, visible desde el exterior, y una pequeña ventana de doble derrame que da a la roca y, por lo tanto, no aporta luz. En el muro septentrional, la parte mejor conservada, son apreciables los dobles arcos formeros de medio punto que recorrían los laterales del templo y que funcionaban como pequeñas capillas que seguramente tendrían sus respectivos altares. La disposición y la tipología de esta arquería son prácticamente idénticas a la de Sant Cristòfol del Puig de Meià, lo que hace pensar que fueron levantadas en la misma época. El último tramo antes del ábside presenta un pequeño absidiolo, bien conservado, de planta semicircular y bóveda de cuarto de esfera. que hace las veces de transepto abierto a la nave y puede recordar o bien a las cabeceras de dos ábsides asimétricos como Santa Anna de Montadó, o bien la solución de cabecera trebolada de iglesias cercanas como la de Sant Bartomeu de la Vall d'Iriet o la de Sant Romà de Comiols, todas ellas también de datación próxima al siglo XI.

La entrada debió situarse en el muro sur, del que sólo quedan unas hiladas de sillarejo, apenas trabajado pero bastante regular. A los pies del templo, entre la densa maleza, se intuye una estructura con una cúpula que posiblemente cubría una estancia subterránea de la que se ignora su función.

No se sabe con exactitud cuándo se levantó el templo aunque las similitudes estilísticas con ejemplos cercanos como el de Sant Cristòfol de Meià o el de Sant Serní de Fabregada permiten situarlo en la primera mitad del siglo XI.

TEXTO Y FOTO: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 406-409, CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 479-480.

Iglesia de la Mare de Déu del Remei de Argentera

POCOS KILÓMETROS ANTES DE LLEGAR A VILANOVA DE MEIÀ por la carretera LP-9132, que la une con Artesa de Segre, se pasa por la pequeña población de Argentera. Un camino de tierra no señalizado que se toma a la izquierda tras atravesar el pueblo, pasa por una casa de colonias y se adentra en un congosto donde se hace impracticable. Tras un cuarto de hora de caminata, se llega a una explanada desde la que se divisa, elevada sobre un promontorio, y entre la espesa vegetación, la iglesia de la Mare de Déu del Remei d'Argentera.

Si bien originariamente estaba dedicada a la Santa Cruz, la titular actual del templo es la Virgen de los Remedios, advocación mariana que tuvo especial éxito en Cataluña y a la que se le atribuían dones curativos, especialmente en el caso de las parturientas. Aunque las noticias del término de Argentera se remontan al año 1068, cuando el capellán Eldomar facultó a sus siervos a distribuir las mitades de un viñedo y de un molino que tenía en Argentera, la primera vez que la iglesia aparece citada es en un documento de 1137 en el que constan las posesiones, rentas y derechos en Argentera del monasterio de Santa María de Meià, priorato del cual dependía.



Vista general

El edificio, abandonado a su suerte desde que en la década de 1950 dejó de tener culto, se encuentra en un estado lamentable y amenaza ruina. El tejado presenta un serio riesgo de hundimiento, parte del muro sur ha desaparecido, el interior está totalmente destrozado y las tumbas profanadas. La dejadez, el vandalismo y la fuerza destructora de la naturaleza han acabado por debilitar una estructura arquitectónica de casi mil años, que hoy en día parece poco probable que se pueda mantener en pie por mucho más tiempo si no se interviene a tiempo.

Se trata de un edificio sencillo y pequeño, de una sola nave de planta rectangular y un ábside semicircular liso, en el que se abre una sencilla ventana abocinada. Posee un tejado a dos aguas y una torre cuadrangular rematada, a su vez, por una espadaña de doble vano reconvertida en torre. El cambio de aparejo de sus muros muestra que estos fueron sobrealzados. Mientras que en las zonas bajas se utiliza sillarejo pequeño, poco trabajado y dispuesto en hiladas relativamente horizontales, en las partes altas, predomina el sillar mejor trabajado, tallado, pulido y perfectamente dispuesto. En el ábside el sobrealzado se realiza con mampostería. Con posterioridad se realizaron una serie de reformas, como la adición de unas capillas laterales, una sacristía adosada al ábside, parte de la torre, en cuya base se abrió una nueva entrada, se habilitó un pequeño camposanto alrededor de la cabecera, un coro a los pies de la nave y se decoró el interior.



*Vista exterior
del muro sur*

En el extremo occidental del muro sur se encuentra la puerta originaria, que se cegó cuando se construyó la nueva. Está compuesta por un arco de medio punto, formado por dovelas de piedra toba, y sustentado sobre sendas jambas monolíticas. A su lado se localiza el único vano del muro, una ventana de arco de medio punto formado por una pieza de piedra toba monolítica y doble derrame. Las dos capillas rectangulares, construidas con posterioridad funcionaban como transepto y dotan a la planta del edificio de una apariencia de cruz latina. En la torre, contrasta el aparejo utilizado en la parte de su cuerpo inferior, del mismo tipo que la parte baja de la nave, con el sillar mejor trabajado, escuadrado y pulido con el que se realizó el segundo cuerpo. En una tercera fase, se elevó una espadaña, la cual, posteriormente se cerró para formar una estructura similar al remate de una torre campanario.

El exterior del muro norte, cubierto por completo por la maleza, es una pared corrida sin interrupción. La fachada oeste es lisa, está compuesta por un aparejo muy variado e irregular, testimonio de reformas o reparaciones. Está rematada en forma de frontón siguiendo el perfil a dos aguas del tejado y en ella se abre un óculo.

El interior del templo es estrecho y bastante oscuro, un espacio desnudo y pobre en el que prácticamente todos los elementos que lo conformaban han desaparecido y cuyo aspecto apenas recuerda que antaño fue un edificio de culto. El pavimento no existe. El altar está totalmente destruido. El ábside, sus pinturas y el camarín moderno aparecen igualmente destrozados. Los paramentos interiores y la bóveda presentan, asimismo, un aspecto lamentable, sobre todo la zona meridional del transepto, que está completamente derruida. A la altura del presbiterio, unos restos de una pared y dos marcos de puerta, son los vestigios de una reforma interior que modificó el espacio litúrgico aislando, con una especie de retablo avanzado en el que se situó el altar, la nave de la zona del ábside. Este se cubre con bóveda de horno apuntada, mientras que la nave lo hace con bóveda de cañón de perfil también marcadamente apuntado, cuya base está decorada con una imposta biselada corrida. Cuatro arcos fajones apuntados de dovelas regulares y bien trabajadas, abrazan la bóveda y la compartimentan en cuatro tramos. Mientras tres de los arcos arrancan desde unas ménsulas de rollos de considerable tamaño, el más oriental se apoya en pilastras de sección rectangular.

Se ha considerado que este edificio presenta dos fases constructivas. La más antigua correspondería a los dos tramos occidentales de la nave, los cuales se han datado a finales del siglo XI o comienzos del XII. Al resto de la nave y la cabecera se le ha asignado una cronología ya en el siglo XIII.



Interior

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERNAUS I SANTACREU, R. Y SÁNCHEZ I AGUSTÍ, F., 1999, pp. 435-437; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 481-482; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 608